

los grandes medios de comunicación de masas (Vargas Llosa y Fuentes desde *El País*, por ejemplo) o desde los discursos dados en universidades al recoger doctorados *honoris causa* (por ejemplo, en Brown University, en un claro proceso de institucionalización) o premios de diversa índole (sancionadores del grado de canonización, con el Cervantes a la cabeza, a la espera, por supuesto, del Nobel, aunque, curiosamente, García Márquez no haya sido todavía galardonado con el premio español). Al hallarse demasiado ocupados en estas labores, descuidan, en cierta medida, el control del campo. De ahí que los más avezados se den cuenta de esta ausencia de poder y busquen adelantar posiciones. En este caso, a lo largo de los años, tras los vanos intentos individuales del presunto *postboom*, se ha hecho evidente que para ocupar el espacio del *boom* (y su secuela) no sirven individuos aislados, sino que se hace necesaria la creación de un grupo al que pueda incluso etiquetarse, como bien ha sabido ver, de forma intuitiva, Luis Sepúlveda, el jefe de la supuesta «banda» (en cuya órbita se encontrarían Paco Ignacio Taibo II, Hernán Rivera Lettelier, Miguel Littin, Antonio Sarabia y, entre los jóvenes, Santiago Gamboa, entre otros; aunque hay que recordar, en desagravio, que la etiqueta le ha venido de fuera, del veterano crítico francés Claude Couffon, quizás como remembranza de aquella supuesta «mafia» del *boom* a la que había hecho referencia Mario Benedetti en su momento<sup>7</sup>). Es decir, para escalar posiciones resulta necesaria la creación de una especie de *lobby* con socios afines para acumular poder, a través, por ejemplo, de lo que Bourdieu denomina «instituciones bastardas»<sup>8</sup> (ya que las instituciones propiamente dichas no se hallan todavía a su alcance, puesto que no son reconocidos por ellas), como pueden ser los salones o congresos de escritores, donde se establecen redes informales que ayudan a estructurar el campo literario por el sistema de la distinción, mediante la inclusión o exclusión<sup>9</sup>. Frente a esta organización de servicios mutuos, se sitúan aquellos escritores reacios a los grupos, que por llamarlo de alguna forma, podríamos tildar de «lobos esteparios» o, mejor, de *snipers* (francotiradores) –puesto que tiran a dar–, que intentan conservar su independencia como un valor añadido, como puede ser el caso, por ejemplo, de Roberto Bolaño, de Fernando Vallejo, de Pedro Juan Gutiérrez, de César Aira, y de tantos otros. Por el momento, tal y como Bourdieu señala, el reconocimiento de las instituciones se resiste al éxito de los superventas (como sucede, por ejemplo, con Luis Sepúlveda), mientras

<sup>7</sup> M. Benedetti, «Mafia, literatura y nacionalismo», El escritor latinoamericano y la revolución posible, *Latinoamericana de Ediciones, Buenos Aires, 1977, pp. 133-143.*

<sup>8</sup> P. Bourdieu, *Las reglas del arte...*, *op. cit.*, p. 85.

<sup>9</sup> P. Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto, Taurus, Madrid, 1998.*

sanciona apuestas más arriesgadas (como lo demuestra la concesión del premio Rómulo Gallegos a Roberto Bolaño), lo que parece instaurar una doble economía.

En todo caso, en vista de la panorámica presentada, hay que constatar que el resultado de la recepción de la narrativa hispanoamericana en España es el de una homogeneización del campo literario de la misma, que no se corresponde con la realidad: en Perú se sigue escribiendo una literatura de temática indigenista prácticamente desconocida en España, con autores como Enrique Rosas Paravicino. Lo mismo sucede en México, ¿quién, que no sea especialista no sólo en literatura hispanoamericana, sino mexicana, ha oído hablar de la generación del *crack*, a la que, al parecer, pertenece el mismo Volpi e Ignacio Padilla? O, ¿cómo puede entenderse que el mayor superéxito de ventas de los últimos tiempos en Argentina, *El anatomista* de Federico Andahazi, haya tardado dos años en desembarcar en España desde Planeta Sur?

Es decir, a pesar de la mayor información respecto a lo que aparece allá, gracias a la labor de suplementos y revistas culturales, continúa sucediendo lo de siempre, hay que ser conscientes que de Hispanoamérica sólo llega a la Península (y viceversa) la punta del iceberg: en cada uno de los países del subcontinente se sigue produciendo una literatura que continúa su tradición particular y que no accede al proceso de internacionalización generalizado de la narrativa hispanoamericana. En algunos casos, este hecho se produce incluso en editoriales con un supuesto discurso globalizador no sólo explícito, sino pretendidamente reivindicativo, ya que se dedican a publicar desde sus respectivas sedes a autores locales para consumo interno nacional: así, en estos casos, los diversos títulos aparecen en todo idénticos a los demás, aunque sin número de colección y, por lo tanto, sin distribución global, como ocurre con Alfaguara (con Vilma Fuentes, por ejemplo) y Tusquets (con Jordi Soler, algún título de Gonzalo Celorio o de César Aira; entre tantos otros<sup>10</sup>). Un aislamiento, por lo tanto, que sigue produciéndose, a pesar de que la globalización del mercado a través de internet abre nuevos caminos de conexión y distribución de bienes culturales. Un ejemplo concreto: para conseguir un título de César Aira, como su hilarante *El congreso de literatura*, publicado por la antigua sede argentina de Tusquets, todavía lo mejor es conectarse en la red con una librería local bonaerense, y no tratar de acceder a librerías virtuales de mayor envergadura, puesto que, por el momento, no disponen de este tipo de material.

<sup>10</sup> Véase Tusquets Editores (1969-1999), *ob. cit.*, p. 124.